

No casualmente, el libro se inicia con una recorrida que incluye la ruta semántica de la palabra más decisiva para decir y que, sin embargo, es indecible: ser. Motor inmóvil del lenguaje, ser (y no ser) resulta una tautología indescifrable que, sin embargo, permite el proceso de desciframiento semántico que es el devenir del lenguaje. Fundamento de sí mismo, realidad inmediata, sustancia de toda significación, plenitud de sentido, ser no significa, en el orden semiótico, nada. Ya lo había advertido Hegel: el puro ser es la nada, un ser y todos los seres, pero sin historia ni proceso que lo determine.

Como siempre, Eco pretende ser exhaustivo y consigue una construcción de citas, fuentes y sinonimias que pone a prueba sus propias enciclopedias personales. A veces es un excelente profesor. Otras, el mejor alumno de la clase. A sus dos encarnaciones les ocurre lo mismo: rechazan la angustia que produce la perplejidad de la sabiduría, que consiste en admitir los límites del saber.

Tratado de la eficacia, François Jullien, traducción de Anne-Hélène Suárez, Siruela, Madrid, 1999, 300 pp.

El sinólogo Jullien ha trabajado ya sobre las coincidencias intelectuales entre el pensamiento chino y

el occidental. En la especie, sobre el período de la Ilustración. En este libro más reciente, en cambio, opone dos maneras de pensar que identifica con Occidente y China, adjudicando a aquél el primado del idealismo: una división tajante entre teoría y práctica, la necesidad de someter la primera a la segunda y la subsistencia de modelos ideales de conducta que nunca coinciden del todo con la realidad práxica de su aplicación.

En la otra opción, no hay diferencias entre teoría y práctica. El pensamiento chino trabaja sobre el modelo de la vida como guerra, la moral como estrategia y el mundo social como un orden burocrático y despótico que considera la sociedad a manera de un organismo. Los chinos no intervienen en el mundo para llevar a cabo sus ideas y modificarlo, sino que colaboran a que acontezca el flujo natural de los hechos, de tal guisa que las actitudes sean conducentes en cuanto a una eficacia que toma el lugar de medio y fin, todo a la vez. Según la exposición que Jullien articula basándose en textos clásicos, especialmente del taoísmo, el pensamiento chino se mueve entre las fronteras de una aceptación estoica de los límites de la vida como confines de la moralidad, y un naturalismo matizado de pragmatismo empírico. La experiencia otorga sabiduría y ésta consiste en llevarse bien con el curso del mundo.

La tesis de Jullien es discutible aunque sutil y fundada. En efecto, también en Occidente se dan esas tendencias que él considera típicamente chinas, en cuyo caso Occidente no puede ser reducido al idealismo sino que se muestra como un escenario plural, tanto que en él asimismo caben Jullien y su erudito comparatismo filosófico.

El espacio político del arte. Arte e historia en Heidegger, *José Luis Molinuevo, Tecnos, Madrid, 1999, 238 pp.*

Muchas son las lecturas que provoca Heidegger. Molinuevo toma el toro por las astas y propone centrar el examen en el hecho de que el arte es el lenguaje creador en que el Ser se dice de distintas maneras a lo largo del Tiempo, que es la esencia del Ser, si alguna puede adjudicársele. Desde luego, el despliegue del Ser no es inmediato, sino que se da en los entes y su aparición temporal es lo que llamamos historia: un acontecer narrado por el mito. No hay, pues, estética ni filosofía del arte ni historia del arte, sino una metafísica revisitada, un más allá de la estética.

Desde luego, para que el arte se identifique, hace falta un lugar que no sea el del Ser ni el de los entes. El arte ocupa el *entre* que va de uno a los otros: la nada. Y así, el poeta adquiere su sitio propio, *entre* los hombres y los dioses. Si el Ser fun-

damenta a todos los entes, carece de fundamento, es abismal; si determina a todos los entes, es indeterminado, o sea libre. El arte es el lenguaje en que se dice la verdad del Ser en el Tiempo, pero no como conocimiento científico, ni siquiera filosófico, sino como saber, allí donde el ser de cada ente se abre y se recupera el Ser olvidado en los entes que han perdido su lugar en el tiempo, según la derrota del nihilismo contemporáneo. Como puesta en obra de la verdad, el arte culmina en el Estado, es algo plenamente social, el lugar donde un pueblo se reconoce al aceptar la voz de la verdad de su Ser.

Desde luego, el tema da para mucho, pues se mueve entre la religión del arte de los románticos y la religión del Estado de los nazis. Heidegger no estuvo exento de contaminaciones y herencias difíciles, según sabemos. No obstante, resulta imposible pensarlo como el filósofo oficial del arte nazi, entre otras cosas porque descrea de toda filosofía del arte.

Molinuevo se mueve con gran destreza por la selva de textos heideggerianos. Su postura es sostenida y clara: rescatar a Heidegger como un pensador de la historia en la historia, de la finitud en lo finito, del Ser en los entes. De tal modo, se lo excluye de cualquier nebulosidad irracional y de toda veneración por los orígenes, donde todo desaparece porque nada hay. O no hay más que Nada.

La distinción. Criterio y bases sociales del gusto, Pierre Bourdieu, traducción de María del Carmen Ruiz de Elvira, Taurus, Madrid, 1999, 597 pp.

Bourdieu ha venido ocupándose regularmente en la sociología de la cultura y, una vez más, echa mano de laboriosas y extensas encuestas para determinar la relación existente entre las preferencias del gusto de cada sujeto y el lugar que ocupa en la sociedad. A tal fin se plantea unas hipótesis estadísticas que van perfilando los grados del gusto que distinguen a diferentes estratos sociales. También, desde luego, se hacen jugar las influencias de los medios masivos de comunicación y la educación formal, escolar.

Frente a la masificación de los objetos culturales, juegan algunos factores de distinción: los especialistas, que heredan la noción ideal de nobleza o aristocracia del gusto; y las clases dominantes en lo económico, que también heredan, no ya un código de distinción idealizado, sino los criterios de dominación que el mismo poder económico obtiene para sí. En este triple campo se desenvuelven socialmente la producción y el consumo de los bienes simbólicos, que llamamos comúnmente cultura.

El trabajo de Bourdieu es claro en sus categorías y paciente en la recogida y sistematización de datos, pudiendo leerse como una encuesta razonada y, al mismo tiempo, como

una teoría de la producción y circulación culturales en nuestro tiempo.

La misericordia ajena, John Boswell, traducción de Marco Aurelio Galmardini, Muchnik, Barcelona, 1999, 622 pp.

El abandono de los niños, que parece un asunto marginal, es, por el contrario, una costumbre de las sociedades occidentales y, en cierta medida, una institución jurídica y religiosa. A través de una densa selva documental, Boswell, aquerenciado en los temas «raros» de la historia, le sigue la huella entre la Roma clásica y el fin de la Edad Media.

La exposición de niños era una manera silvestre y abrupta de regular la población y desprenderse de unos hijos imposibles de mantener, por razones de pobreza. En otros casos, las familias abundaban en descendientes para venderlos como esclavos o prostitutas, o para su castración o su adopción encubierta. También solían actuar razones de honra: el expósito era el hijo del incesto, la violación o el adulterio.

El derecho romano reguló la situación del expósito y de sus padres, en tanto la Iglesia creó la institución del oblato y el donado, o sea del expósito que era entregado a un convento o monasterio, con el encargo de la crianza y la obligación, por parte del acogido, de entregarse a la profesión monjil.

Todos estos trapicheos nos resultan curiosos y bastante repugnantes, pero constituyeron la normalidad de nuestros antepasados. En compensación, el expósito se convirtió en mito y así es como algunos fundadores esenciales de nuestra tradición –Moisés o Rómulo y Remo– son expósitos. El cristianismo, opina Boswell, es una religión expósita: nacido en el seno del judaísmo, éste lo repudió y acabó siendo hijo adoptivo (*alumno*, en latín jurídico) de Roma, donde le correspondió recoger la herencia. Por estas oblicuas callejas llegamos a la modernidad, con sus hospicios más racionalizados y científicos. Late, al fondo, el mito fundacional del héroe abandonado que supera su destino de hambre, esclavitud y prostitución, y llega a ser el prócer de la tribu.

La probidad de la investigación persuade al más incrédulo e ilumina, como siempre en Boswell, los rincones de la historia.

Visiones de fin de siglo, Raymond Carr (dirección), Taurus, Madrid, 1999, 223 pp.

Con la excusa de los finales de siglo, esta miscelánea repasa la historia de España, deteniéndose en plan de balance ante cada cabo secular, a partir de los comienzos de la modernidad, o sea el siglo XV.

Los especialistas convocados, aparte del coordinador, son Carmen Iglesias, Julio Valdeón, Felipe Fernández Armesto, Jon Juaristi, Henry Kamen y Juan Pablo Fusi. Y así, junto a los Reyes Católicos, esa mezcla de arcaísmo y modernidad reúne el sentido misional y excluyente del Estado con la apertura al mundo por medio de la navegación y la llegada del humanismo renacentista. Cien años más tarde, la certidumbre imperial está en crisis, la población se empobrece, menudean profetas y visionarios, y aparecen los primeros atisbos de un pensamiento tolerante.

El siglo barroco termina con una conciencia de estar decayendo que supera a la decadencia real y se convierte en un estado histórico. El imperio se sabe racionalmente imposible y su conflicto con la realidad provoca un estallido de la imaginación, el arte barroco. Todo lo contrario ocurre al acabar el siglo ilustrado: España se moderniza, es una sociedad relativamente igualitaria, con escasos restos de feudalismo, atenta al desarrollo de las ciencias y las tecnologías. Se debaten las ideas actuales y se instaura un proyecto reformista. Todo acabará con la guerra de 1808 y la revolución americana, el retorno al absolutismo integrista y la desintegración nacional. Su culminación es la del siglo XIX, con una dominante reactiva: la necesidad de regenerar España.